

Giovanni Catapano. *Filosofie medievali. Dalla tarda antichità all'Umanesimo*. Roma: Carocci, 2024. 308 p. ISBN 9788829023912. Paperback: 32€

Reseñado por GIANFRANCO MAGLIO
Facoltà Teologica del Triveneto, Padova
gianfrancomaglio.leg@libero.it

El panorama italiano de los estudios de filosofía medieval se enriquece con un nuevo e importante manual que, aunque destinado principalmente a estudiantes universitarios, se propone como una herramienta útil para todos aquellos que deseen tener una visión simultáneamente sintética y completa del pensamiento filosófico de la Edad Media.

Esta intención queda aclarada desde la introducción del autor del volumen, Giovanni Catapano, conocido y brillante estudioso de la filosofía medieval y, en particular, del pensamiento de Agustín de Hipona, sin duda el principal padre fundador de aquel Occidente cristiano en cuyo seno se desarrolla una gran especulación filosófica y teológica. Un primer punto a aclarar es, precisamente, este: la Edad Media no solo produjo teologías, debido a la evidente centralidad de las experiencias religiosas, principalmente cristianas, pero también de origen judío e islámico, sino que también supo construir una poderosa especulación filosófica dentro de una visión del mundo sensible al problema del fundamento metafísico de la realidad y a la necesidad de situar la vida humana a la luz de este fundamento, en un orden de cosas racional y definitivo.

Dicho esto, veamos cómo el volumen de Giovanni Catapano se divide en seis densos capítulos que abarcan todo el milenio de la Edad Media, desde la filosofía de la Antigüedad tardía latina hasta el Humanismo. En la introducción, el autor explica eficazmente el enfoque de su obra y resume el contenido de los capítulos citados (pp. 9-22), ilustrando bien la complejidad y riqueza de la filosofía medieval. Esto representa un primer mérito importante: el enfoque pluralista que se desprende del título donde Catapano prefiere utilizar el término “filosofías medievales”. Si es difícil negar que el pensamiento filosófico medieval tuvo en su centro la experiencia y la reflexión cristianas, las diferentes influencias y sincretismos que han tenido lugar desde la Antigüedad tardía (véanse los dos primeros capítulos sobre la filosofía de la Antigüedad latina tardía y sobre las filosofías de los bizantinos, árabes y judíos, pp. 23-106) contribuyen a enriquecer la especulación sobre nuevos temas, estimulando refutaciones y comparaciones que, si bien a menudo están justificadas por intenciones opuestas, especialmente en los primeros siglos, con el tiempo influyen en el propio lenguaje filosófico y teológico, aportando directa o indirectamente a la construcción de una nueva civilización. Una civilización preparada no solo por la mencionada tradición tardoantigua, sino también por un largo período bien descrito por el autor en el capítulo tercero, que aborda el pensamiento del Occidente latino desde el Renacimiento carolingio hasta el siglo XII (pp. 107-145). Se destacan figuras de gran importancia como Anselmo de Aosta, Pedro Abelardo, Bernardo de Claraval, los maestros de la “Escuela de Chartres” hasta Juan de Salisbury, el primer filósofo político en el sentido moderno con su *Policraticus*.

Durante el “renacimiento medieval” del siglo XII (también se ha hablado de “humanismo del siglo XII”) se abordaron temas fundamentales, como la relación entre fe y razón, la existencia de Dios en el misterio de la trascendencia y aspectos relevantes de la antropología. Se destacan los grandes debates sobre cuestiones consideradas esenciales: pensemos en el tema de los universales, el tema de la libertad humana frente a la omnipotencia divina que se extiende a la responsabilidad y el concepto mismo de pecado, que encuentra espacio en particular en la ética de la intención de Abelardo y en la fuerte polémica con Bernardo sobre la extensión de la razón humana. Un panorama riquísimo, capaz de ofrecer al hombre de todos los tiempos una aportación decisiva de reflexión, una invitación a mirar más allá de uno mismo y a no perder de vista la complejidad de la realidad en el sentido de que depende de una base que nosotros no proporcionamos.

Al final de este tercer capítulo, es ciertamente apropiada la breve mención que Capatano reserva a la “filosofía de las mujeres” (pp. 142-145): surgen figuras destacadas como Rosvita de Gandersheim en el siglo IX, la famosa Eloísa vinculada en su vida y en su pensamiento con Abelardo, hasta Hildegarda de Bingen, autora prolífica y original, famosa también por sus tratados de medicina natural destinados, y por proponer una visión armoniosa del hombre en el orden de la creación.

El capítulo cuarto (pp. 147-191) trata de las grandes filosofías producidas por la escolástica en un momento histórico (el siglo XIII) que representa, en diversos aspectos, lo que se puede definir como el corazón de la civilización medieval, un contexto dinámico favorecido por razones políticas, económicas y sociales capaces de incrementar el intercambio cultural y el imprescindible trabajo de traducción (del griego y del árabe al latín) con el redescubrimiento de textos originales de los filósofos antiguos, empezando por Aristóteles. No es casualidad que el pensamiento de este último se convirtiera en el motor de ese aristotelismo latino que ve en Alberto Magno y Tomás de Aquino a sus máximos representantes dentro de las nuevas instituciones universitarias que en poco tiempo se extendieron por todo Occidente con renovadas metodologías de estudio, comentario y análisis general de obras filosóficas y teológicas. El “método escolástico” encuentra su máxima expresión en las *Summae* de la época, de las cuales son famosas las de Tomás, y la mayoría de los nuevos maestros que forman parte de aquellas ordenes mendicantes (franciscanas y dominicas) que se muestran capaces de impactar radicalmente no solo en la vida religiosa, sino también en la vida cultural, política y económica, en particular con la doctrina de la pobreza evangélica: los mencionados Tomás y Buenaventura de Bagnoregio, el primero decididamente aristotélico, el segundo fuertemente influenciado por la tradición agustiniana, son los campeones de esta brillante época.

El capítulo quinto (pp. 193-229) aborda el pensamiento del siglo XIV que, como se ha subrayado a menudo, es una época de crisis y de transición bien expresada, según creemos, por la vida y obra de Dante Alighieri, testigo al mismo tiempo de la nostalgia del pasado y la esperanza de una nueva era del mundo: su lucha contra la *plenitudo potestatis* del papado para reafirmar la autonomía de la ciudad del hombre, en el contexto

de la profunda espiritualidad franciscana que, cada vez más extendida en la sociedad de la época, se convierte en un compromiso político concreto en Marsilio de Padua y Guillermo de Ockham, con quienes tradicionalmente se considera terminada la época de la escolástica y, con ella, el intento de crear un sistema armonioso entre fe y razón. El voluntarismo, ya presente en el pensamiento de Duns Escoto y posteriormente cada vez más radicalizado, y el nominalismo – pensemos en la crítica de Ockham a los conceptos universales (pp. 218-225)– son los rasgos dominantes de la Baja Edad Media y de alguna manera preparan el pensamiento de la Modernidad.

Si muchas de las historias de la filosofía medieval terminan aquí, en el siglo XIV (pensemos en el famoso manual de Étienne Gilson), Giovanni Catapano se traslada (con el capítulo sexto y último, pp. 231-261) a ese siglo XV que considera un siglo de pasaje y en el que, escribe el autor, «conviven, no sin encontrarse y en ocasiones chocar, una filosofía universitaria que está en directa continuidad con la de siglos anteriores y una filosofía extrauniversitaria que tiende a referirse a modelos alternativos a los primeros» (pp. 9-10).

Así, si por un lado, el aristotelismo paduano con una fuerte impronta averroísta tiende a mirar hacia el pasado; por otro, el humanismo italiano profesa un ideal clásico para celebrar la grandeza del hombre, en particular con Pico della Mirandola, y aquí ya el antropocentrismo ha eliminado definitivamente el teocentrismo de la Edad Media. También, en nuestra opinión, sigue siendo original la posición de Nicolás de Cusa, donde el enfoque “medieval” ciertamente se mantiene con un uso extensivo de un pensamiento que utiliza tanto la tradición agustiniana como la propiamente dionisiaca y, de manera más abarcativa, la neoplatónica (pensemos también en la metafísica de la luz de Grosseteste, así como la corriente amplia de la reflexión mística medieval), pero en sus resultados (doctrina de la ignorancia erudita, desarrollo de la teología negativa, principio de la concordancia de los opuestos) ofrece importantes elementos de novedad, especialmente en relación con el tema del conocimiento humano, de sus límites y a lo que muchos intérpretes definen como la “filosofía del infinito”.

En conclusión, el amor por el pensamiento medieval está bien presente en cada página del hermoso volumen de Giovanni Catapano, un amor que compartimos suscribiendo a lo que observa al final de su introducción, donde subraya cómo la dificultad que se puede experimentar a partir del primer contacto con un pensamiento complejo (que, añadimos, se presenta al lector común muy alejado de la mentalidad de nuestro tiempo) puede transformarse «en el asombro de un descubrimiento continuo e impulsar hacia una largo viaje en uno de los territorios más extensos y menos frecuentados de la historia de la filosofía, increíblemente rico en maravillas insospechadas» (p. 22). La invitación a estudiar el pensamiento medieval es también la invitación a redescubrir el sentido de la realidad que nos rodea y de nuestra vida, que es definitiva y no aleatoria ni caprichosa: una dimensión existencial que hoy hemos perdido y de la que sentimos la profunda necesidad e íntima nostalgia.